Historias verdaderas

El Ciudadano. Semanario de intereses generales, 2 de octubre de 1919, vol. II número 22, págs. 24 y 32[1].

I

"¡Fijad las amarras, ojo avizor, y ánimo resuelto!...".

Inclinado sobre la borda, hablaba Siong, Eliseo Ramírez, patrón de la barca pescadora. Su mirada experta, hecha a descifrar los misterios del cielo y sondear los secretos del mar, adivinaba en la calma aparente de las aguas y en la pesadez del ambiente, una de esas tempestades que por lo súbitas son más terribles. El viento se hallaba dormido al parecer, pero las nubes, negras, sombrías, inmensas se amontonaban trágicamente hacia Levante, poniendo en el firmamento tonalidades plomizas.

"Es el temporal que viene ...", continuó Siong.

"Artero, como siempre, traidor como tú ...".

Una violenta ráfaga de viento precursora de la próxima tempestad, se llevó entre sus alas, las últimas palabras del compañero Ramón. La olas, como impelidas por una fuerza superior, empezaron a hincharse, dibujando al estrellarse contra los costados de la barca, caprichosos encajes de espumas, que adquirían en un momento mil formas diversas.

Con todo, sombría como las nubes del cielo, se había formado otra en la frente del patrón. Aquella frente morena, curtida por años y años de vida en los mares, unas veces en lucha con las tempestades, otras castigada por los rigores de un sol canicular, se rizó en violentas arrugas, que eran presagio de otra tempestad no menos horrible. Sus manos callosas, hechas para bregar, temblaron nerviosas sobre el mango de los remos, que fiel expresión de lo que pasaba en el alma del

[1] Transcrito del original del semanario que se encuentra en la sección de Filipiniana, de manuscritos y libros raros, de la Biblioteca Nacional de Filipinas.

que los manejaba, dieron un golpe brusco, haciendo oscilar a la barca con un movimiento desacompasado.

"¿Quieres terminar eso, Ramón?...".

Su voz temblaba a pesar de sus esfuerzos por aparecer sereno.

"¡Pse!... Casi nada; quería decir que el temporal es tan traidor...".

"Como yo, ¿verdad?", inquirió Siong, con tono despreciativo.

"Como tu mujer, que te engaña, desgraciado...".

Fue una afirmación brutalmente certera, disparada sin ambages ni reticencias, que hizo al patrón dar un salto de tigre y colocarse al lado del imprudente. Bajo el arco de sus espesas cejas, fulguraron dos ojos, negros como la noche, ominosos como la tempestad...

"Eso me escupes, víbora sin entrañas, que por manchar algo con tu baba impura, hasta te atreves a manchar la reputación de la más santa de las mujeres, para quien no estuviera mal un altar. –Las palabras del patrón se escapaban sibilantes de sus labios contraídos por la rabia–. Cobarde, traidor, despechado porque virtuosa como siempre ha sido, ella rechazó indignada tus criminales proposiciones, ahora vienes a acusar ante el marido a la mujer que a tu primera palabra de amor, te cruzó la cara, como te la cruzo yo ahora..."

Rápido como fue el ataque brusco de Siong, más rápido fue Ramón en rehuirlo. Su mano derecha cogió el brazo agresor como una tenaza de hierro, retorciéndolo con un vigor de titán, a tiempo que tras burlonas carcajadas, dejaba caer una a una y con refinada crueldad estas palabras:

"Conmigo no pecó porque mi rostro formado para hacer cara a las turbonadas no es para inspirar amores; pero ella, la más santa de las mujeres, está pecando con otro, lo cual para los efectos es lo mismo..."

Los otros compañeros acudieron a separar a los dos enemigos. Unas cuantas gotas de agua, empezaron a caer...

Poco después se desencadenó la tempestad, furiosa, arrolladora, terrible. Como una cáscara de nuez, la barca empezó a danzar sobre montañas de espumas, arrastradas acá y allá por las olas rugientes.

Y otra tempestad, más terrible, más arrolladora aun se desencadenaba también en el alma del patrón. Las últimas palabras de Ramón habían puesto en su corazón el primer germen de la duda. "Al lado de las tempestades del alma, ¿qué valen las tempestades del mar?".

II

La barca se salvó por un milagro. Amainado el mar y apagados los últimos fragores de la tempestad, ni los mismos pescadores se daban cuenta de cómo les fue posible acercarse a la costa, sin estrellarse una y otra vez contra las rocas que la bordeaban. Ya en salvo, les parecía un sueño, todo aquel rehuir los golpes de las olas, evitar los escollos y amarrar por fin la barca en una especie de bahía, por la naturaleza hecha, a cubierto de los vientos.

Ya había cerrado la noche. De la pasada tempestad, sólo quedaba por única huella, una ligera llovizna que seguía cayendo. Sólo la tempestad en el alma del patrón continuaba revolviéndole las entrañas. Ya en camino de su casa, parecíale leer, escritas con letras de sangre en el espacio, las palabras de Ramón.

"¡Traidora… infiel!..." murmuraba. La duda, puesta a martillear su alma, ponía en sus labios la horrible pregunta: "¿Y si fuese cierto?".

Entonces fue en dolorosa peregrinación hacia el mundo de sus recuerdos. Él la había conocido una noche de luna, allá en lo más recóndito del pueblo. Por ella, otra noche, se había dado de puñaladas con un chico del lugar que con un gesto de borracho había querido faltarla, mientras ella danzaba un típico fandango[2], triunfante en la plenitud de su belleza de moza garrida y sin rival. Los meses de noviazgo, tan encantadoramente dulces, el temblar de sus manos, cuando por casualidad rozaban con las de ella en el campo, en la época de las cosechas, cuando juntos los dos, depositaban gavillas de *palay*, en el carretón de madera y caña. La

[2] En su adaptación fonética al filipino se conoce como pandanggo. Heredero del fandango español, el *pandanggo* filipino se baila en reuniones y fiestas en los pueblos. Tiene muchas variantes regionales, una de ellas, la cariñosa, es mencionada en "Cuesta arriba".

boda después, la noche desvelada que pasó, poblado de ilusiones de oro, anterior al día en que debía verificarse la solemne ceremonia en la iglesia del pueblo. La plácida vida en el hogar después, animada por la sonrisa de dos chiquillos, hermosos como dos sonrisas, tiernos, como dos capullos de rosa… Y por fin el mar, la tempestad, Ramón… la acusación tremenda…

"¡Ah! ¿Y si fuese cierto?..."

"¿Qué harías?", le preguntaba el odio.

"¿Qué haría? Sí; él sabría lo que haría si se convencía de que la mujer a quien había deificado manchaba su nombre. Sabría vengarse, como se venga un orador, al ver manchado de lodo al ídolo que había idolatrado. Su venganza sería horrible, algo que dejaría memoria en la chismografía del lugar. Quizás andando los años, las abuelas la contarían a sus nietos, como cuento de gigantes…

Caminaba por entre los herbazales, húmedos todavía por la lluvia. Embebido en sus pensamientos, no se daba cuenta de que las ramas le azotaban despiadadamente el rostro. Al doblar un recodo del camino, vio brillar en la lejanía el tenue resplandor de una lucecilla.

¿Por qué no saber ahora la verdad? Allí estaba su casa, perdida en la oscuridad de la noche. Su llegada no era esperada, pues su mujer le creía en un pueblo lejano, y no le sería difícil sorprender a la culpable.

Torció hacia la derecha, agachándose, arrastrándose a veces como una serpiente. Poco después se perdía entre los matorrales, hasta dejarse ver al cabo de unos momentos con el oído pegado a la parte trasera de su covacha de cogón. A duras penas conseguía dominar el jadeo, sintiendo que quería estallar su corazón si no en una tempestad de llanto, en otra de sangre, de odio, de venganza. Un suspiro, una voz entre tierna y suplicante, y otra dominadora, triunfante, un chasquido que le sonó a beso criminal, fue todo lo que oyó el infeliz en aquella noche de desgracias. ¿Mataría? Sus manos crispadas cayeron sobre el mango del *bolo*, en una sed de asesinato. Un velo de sangre que le

había cubierto los ojos, le hacía verlo todo rojo con rojez de incendio. ¿Mataría?... ¡Ya lo verían los criminales!

Al empuje del brazo nervudo de Siong, la puerta de *sawale* saltó hecha trizas. El frágil pedazo de caña que le defendía voló silbando camino del techo. La luz, una luz parpadeante y soñolienta de *tinghoy*[3], alumbró la escena trágica. No duró más que un segundo. El *bolo* del patrón, centelleó como un relámpago, y fue a hundirse chasqueando en el cuello del traidor. Un segundo golpe partió en dos el cráneo de la mujer... Ni un suspiro, ni un gemido acompañó la horrible tragedia. Allí, sobre un charco de sangre, juntos en su vida pecadora y juntos en su expiación, yacían los cuerpos de los dos culpables.

El vengador tuvo un refinamiento de crueldad. Con los cabellos empapados en sangre de su mujer, aprisionó el cuello abierto en una ancha herida de su cómplice, dejando después clavado su *bolo* en el corazón.

Después, se alejó tambaleando de la casa maldita...

Y una lágrima, la primera después de muchos años, cayó rodando sobre sus mejillas tostadas, poniendo en ellas calores de infierno...

Manila, Septiembre de 1919.

3 Nombre que en tagalo y cebuano del aceite, y la lámpara que funciona con éste.